

Kazunari Ninomiya lleva todo el día sin quitarle un ojo de encima a Satoshi Ohno, que no deja de suspirar, cabizbajo. El mayor no deja de darle vueltas a la cabeza, de pensar posibilidades que escapan a toda velocidad de su cerebro, sin darle tiempo a poder sopesarlas correctamente y buscar alternativas.

Todo era sencillo cuando era capaz de separar el trabajo y los amigos del campo sentimental, pero había llegado un momento en el que había habido una pequeña revolución dentro de su cabeza, y el plano sentimental había puesto toda la carne en el asador, invadiendo conscientemente con toda su fuerza el resto de sentimientos que Satoshi era capaz de mostrar al resto de gente. Desde aquel momento, todo a su alrededor se había vuelto surrealista y tenía la impresión de que cada cosa que hacía podía desmoronarlo todo, derruir ese castillo de arena que con tanta paciencia había construido durante años, solo con la acción de una nube perezosa que descargase algo de agua sobre él. Se sorprendía a sí mismo teniendo cuidado con cada una de las palabras que dejaba escapar en cada conversación trivial, intentando evadir gestos cotidianos que le suponían un esfuerzo sobrehumano.

Sencillo, solo se coge lo que no interesa que los demás sepan, y se mete bajo llave en el fondo del armario escondido en la parte más alejada del desván de los sentimientos, incluso más atrás que los recuerdos de la infancia más inútiles, porque es algo que no puede saberse, algo prohibido que nunca debería haber existido. Pero sin embargo, ese sentimiento se las apaña para escaparse de sus ataduras, y en la soledad de ese desván casi abandonado por el paso de los años, mientras su dueño se entretiene en ordenar correctamente el nuevo adosado del segundo piso de su memoria, se hace fuerte, grande, poderoso. Y cuando decide salir, demostrar que sigue vivo, es tan fuerte que ni la mejor defensa consigue pararle, y se hace patente en cada gesto y cada mirada, intenso y potente.

Y aquella noche, cuando todo debería seguir bien atado, a pesar de las pequeñas revueltas dentro de su cabeza que casi le han vuelto loco, todo se desmadra.

Hace un par de horas que han salido a cenar todos juntos, Arashi al completo. Ohno ha tenido que pagarle por enésima vez la cena a Nino, que no llevaba la cartera para pagar su parte. El mayor rueda los ojos, viendo la enorme sonrisa que adorna los labios de su compañero, algo perjudicado por las últimas copas que se han tomado.

— ¡Oh-chan! ¡Llévame a casa, tengo que enseñarte una cosa!- Nino trastabilla un poco, rodeando los hombros de Ohno con un brazo y apoyándose en él para no caerse.

— ¿No me lo puedes enseñar mañana? Estás tú para enseñarme nada...- El mayor suspira, sujetando a su amigo para que no se caiga, aunque es casi arrastrado durante todo el camino por un sonriente y risueño Nino.

— Es mi nuevo truco de magia.- Nino amplía la sonrisa, sin haberse despegado un centímetro de su compañero, que le sujeta con suavidad por la cintura para que no se vaya demasiado lejos.

Ohno, ante la revelación de 'lo que va a enseñarle' sonríe y accede a acompañar a Nino hasta su

piso, curiosísimo sobre qué nuevo truco de magia habrá preparado desde la última vez que montó uno de sus shows. Cuando llegan ante la puerta y después de tres intentos fallidos y un par de carcajadas aisladas, Ohno le roba a Nino las llaves de las manos para poder entrar al piso.

El mayor deja que Nino se acomode. Se quita los zapatos al entrar y la chaqueta, dejándola mal colgada en una percha. Se desabotona la camisa un poco y airea un poco la habitación abriendo las ventanas.

- Ponte cómodo- El más pequeño sonríe, con los hoyuelos marcados a los lados de la sonrisa.

Ohno deja sus cosas en la entrada, para no armar demasiado escándalo cuando tenga que irse. Nino desaparece en algún punto perdido de la casa y no vuelve hasta diez minutos más tarde, con un par de barajas de cartas en la mano. Ohno, algo cansado y curioso, le mira fijamente.

- A ver, enséñame ese truco de magia que me vaya a casa...
- Pero tienes que cerrar los ojos...
- ¿Por qué?
- Hazlo, anda.- Le sigue mirando con esa sonrisita a la que Ohno no puede resistirse, puede hacer con él lo que le dé la gana en ese momento, así que obediente, el mayor cierra los ojos y mantiene la sonrisita suave en su boca, tentando a Nino a que haga lo que se le está pasando por la cabeza en ese momento.

La mente del más pequeño le hace un guiño enorme. Su plan ha funcionado. Se acerca peligrosamente a Ohno y, con toda la delicadeza con la que puede hacerlo, le besa. Le sujeta por las mejillas, en prevención al movimiento de alejamiento que Ohno intenta llevar a cabo al notararlo, y lame sus labios con ansia, entrecerrando los ojos y concentrándose solamente en besarle.

- ¡Ta-Dah!- el tono con el que lo dice suena tan erótico, jadeando en los labios del mayor, que Ohno se estremece y tiembla de pies a cabeza, sin saber muy bien cómo asimilar lo que acaba de pasar.

Sin darle tiempo a reaccionar, Nino vuelve a besarle, algo más intenso esta vez, y ese sentimiento que estaba escondido irrumpe estrepitosamente en el control cerebral de Ohno, accionando con precisión el botón de 'respuesta inmediata al estímulo', lo que obliga a su dueño a entreabrir los labios y corresponderle el beso, lamiendo los labios del más pequeño con la punta de la lengua, haciéndole estremecer entre suspiros.

- C-Cierra los ojos...- Nino jadea un poco y coloca suavemente la mano sobre los ojos de Ohno, tapándoselos para que no pueda ver lo que hace.

Tironea de su propia corbata y la suelta, utilizándola como venda con Ohno y poder dedicarse con ambas manos a hacer desaparecer su ropa. Empieza con los botones de su camisa, soltándolos y dándole un beso intenso con cada botón que suelta, dejando entrever la piel del mayor. Ohno,

con todos sus sentidos amplificadas y sus sentimientos desbordados, se ha paralizado un poco y no sabe como reaccionar ante tal torrente de sensaciones que le recorren desde los pies hasta la cabeza. Después de tanto tiempo habiendo soñado ese tipo de situación, habiéndosela imaginado en infinidad de ocasiones, habiéndose excitado tantísimo solo pensándola, estar sintiéndola en su propia piel era cuanto menos extraño y a la vez excitante.

Los dedos de Nino tocando su piel son como fuego descontrolado, empeñado en grabarle cada una de las caricias en la mente. Ohno intenta recordarse a sí mismo que su compañero está borracho, que no sabe lo que está haciendo, pero ver esa sonrisita pícara en la cara del menor mientras sus manos desabrochan por fin el pantalón y lo dejan caer al suelo hacen que se olvide momentáneamente de quién es o dónde está.

La cabeza le da vueltas, a pesar de que no haya bebido ni una gota de alcohol, y de repente tiene la sensación de que está soñando, de que lo que está ocurriendo no es real. Nota la tela de la corbata taparle los ojos, con un nudo poco firme pero eficiente a la derecha de su cabeza. Su cuerpo tiembla ante cada caricia, y se sorprende a sí mismo siendo arrastrado rápidamente hacia algo mullido que le recibe con los brazos abiertos, bocarriba, cansado y exhausto.

No se esfuerza en averguar donde habrá quedado su ropa, pero a su alrededor escucha el *frufnú* que le indica que Nino está desnudándose, y eso no consigue más que ponerle nervioso. Antes de que se permita el lujo de decir algo, nota que Nino se coloca sobre él, y la piel de sus muslos roza con la de su compañero, estremeciéndole. Nota que se apoya a la derecha de su cabeza y Ohno jadea inconscientemente, sin saber qué va a pasar ahora.

— Relájate, Satoshi...- Esas dos palabras electrificadas le hacen dar un respingo en la cama y tragar saliva, incapaz de relajarse e intentando obviar que cada vez está más excitado, que Nino está desnudo (o eso intuye) sobre él y que no tiene forma humana de disimular el calentón que lleva encima en apenas cinco minutos.

Nino, por su parte, se relame los labios cada vez que mira a Ohno debajo de él, con el leve rubor en las mejillas, la boca entreabierta mientras jadea, la respiración acelerada, y lo más importante de todo, un calentón de caballo que no consigue disimular debajo de su ropa interior.

El más pequeño se hunde en el cuello de su compañero, riendo levemente al notar un poco de mareo pero sin llegar a darle importancia. Lo más importante ahora está bajo él, temblando como una hoja, extasiado, y no ha empezado aun con todo lo que tiene planeado hacer.

Ohno nota las puntas de los dedos de Nino sobre su cintura, y como su piel se eriza al contacto en tan solo una milésima de segundo, obligándole a tragar saliva, nervioso.

— ¿Por qué...?- Empieza a formular la pregunta, pero antes de que sea capaz de pronunciarla, Nino se echa contra él y le besa rudo, haciéndole olvidar lo que tenía pensado preguntar, obligándole a centrarse solo y exclusivamente en las sensaciones que le produce ese beso.

La excitación entre sus piernas se hace más palpable y casi se siente morir cuando Nino empieza a tocarle precisamente ahí, algo seco, masturbándole. El mayor echa las manos sobre la espalda del pecho y se pega todo lo que puede a él, con la respiración agitada y dejándole que lleve la voz cantante.

Nino le toca, ansioso, y sin razonar demasiado lo que hace tironea de la ropa interior de Ohno y le deja completamente desnudo, a excepción de la corbata de sus ojos, bajando entre sus piernas a jugar ahí con su lengua, como un niño con un helado. El mayor se arquea sobre su espalda y gime ante el contacto, enredando sus dedos en el pelo del más pequeño y apretándole contra él inconscientemente, buscando más roce, más contacto.

Los minutos pasan lentos, con Nino empleándose a fondo en lamer a Ohno, que tiene un revoltijo de sentimientos y pensamientos dentro de su cabeza tan contradictorios que no consigue decantarse por uno de ellos, excepto el placer que se rige poderoso como el más fuerte de ellos, habiendo tomado el control de su cuerpo con esa sonrisita picarona que tanto está excitando a Nino, sabiendo que es él quien la provoca.

- ¡K-Kazu...!- Ohno gime su nombre entre pequeños espasmos, intentando por todos los medios no acabar tan pronto.
- Shh... aguanta...

Nino por su parte decide dejar de lamerle. Mira a Ohno tirado encima de la cama y se excita solo de pensar que quiere acostarse con él. Le duele la cabeza por el alcohol pero es totalmente consciente de lo que está haciendo cuando lame sus dedos para lubricarlos y tantea a Ohno para empezar a dilatarle. La erección entre las piernas de Nino lleva un rato siendo dolorosa, pero aguanta mordiéndose el labio inferior, moviendo los dedos con calma dentro de Ohno para hacer las cosas bien, para poder acostarse con él con calma, acelerar cuando quiera y hacer suyo cada centímetro de piel de su cuerpo.

El mayor no consigue asimilar del todo la información, pero el placer sigue dominando su cuerpo y se entrega a él de forma ciega, sin cuestionarse nada más que no sea por qué no ha sentido todo eso antes, haciendo suyo cada pequeño movimiento y cada tirón, seducido por la forma que Nino tiene de tocarle y hacerle suyo a cada segundo.

Intenta relajarse, nota a Ohno perfectamente dilatado alrededor de sus dedos y casi llora de felicidad. El palpito entre sus piernas es cada vez más intenso, así que decide no hacerse esperar más. Se coloca entre las piernas de su compañero y le quita la venda de los ojos. Le besa intenso, con la sonrisita juguetona, y con todo el cuidado que puede entra dentro de él, sin perder detalle de los gestos de su compañero, que contrae inconscientemente ahí atrás pero se relaja todo lo que puede cuando le nota entrar, para que no le duela, mirándole con los ojos brillantes y las mejillas rojas, avergonzado.

Ohno levanta las caderas y enrosca las piernas alrededor de la cintura de Nino, jadeando al

notar que aprieta más contra él una vez se ha colocado en mejor posición. La vergüenza le gana terreno poco a poco el placer, pero se deja llevar por la situación y se centra en disfrutar que sea Nino quien se está acostando con él, después de tanto tiempo habiendo pensado algo así y haberlo considerado imposible.

El más pequeño mantiene dibujada esa sonrisa picarona que le caracteriza cuando comienza a moverse con calma contra él, apoyándose en la cama para no dejarse caer del todo encima de Ohno, pudiendo controlar mucho mejor así el movimiento de sus caderas. Pero a pesar de que pretenda controlarse, deja que sea el placer el que le invada y dicte los movimientos a su cuerpo, empezando suave para ir aumentando la velocidad y la intensidad conforme pasan los minutos, atesorando cada gemido que deja escapar Ohno como si fuese un tesoro, guardándolo entre las cosas importantes de las que no tiene que olvidarse nunca jamás.

— ¡K-Kazuu...! - El mayor se descontrola y se abandona completamente al placer, gimiendo el nombre del otro entre dientes y jadeos, excitadísimo por la situación.

Al escucharle, acelera más y entra más profundo si cabe, marcando sus dedos en las caderas del mayor al sujetarle firme para poder hacerle suyo con más ímpetu. Los brazos empiezan a fallarle, así que Nino deja de tomar contacto con el cuerpo de su compañero unos segundos, sonriendo al escuchar una pequeña queja por parte del otro, que jadea totalmente colorado sobre la cama. Se tumba con cuidado y le obliga a subirle encima de él. Jadea al notarle contraer cuando entra hasta el fondo, temblándole las piernas y apretando las manos sobre su pecho, donde Ohno se apoya. Le ve encoger todo lo que puede los dedos de los pies, y nota sus piernas tensas alrededor de su cintura conforme empieza a mover las caderas algo perdido y con ritmo errático.

Nino le sujeta por las caderas y se sorprende comprobando como lleva la marca de sus dedos, de cuando ha estado sujetándole antes, pero ese pensamiento es rápidamente cubierto por el placer que experimenta cuando Ohno alza un poco las caderas y se deja caer contra él, gimiendo. Estira un brazo hasta su nuca y tira de él para echarle encima suya, besando sus labios con ganas, haciéndole perder el ritmo parcialmente.

Hay una especie de forcejeo intentando demostrar cual de los dos manda en el movimiento, y cuando Nino masturba a Ohno al notarle jadear con ansia, solo la opción de acabar dentro de él le excita tanto que se encoge y se aprieta contra él al par de embestidas, acabando dentro de Ohno mientras gime fuerte y pretende mantener el ritmo sobre él para que también acabe, manchando el estómago de ambos al estar tan pegados.

Las respiraciones se acompañan y la tensión de los músculos va desapareciendo poco a poco, a la misma velocidad a la que el aire entra en sus pulmones y los relaja, acompañándose del latido acelerado de sus corazones. Ohno se aparta con cuidado de encima de él y se deja caer a su lado en la cama, sin saber muy bien qué hacer ahora, avergonzado.

— No te vayas, Satoshi...- Nino susurra en su oído y se pega a él, buscando su calor.